

# Los renglones torcidos de Dios<sup>1</sup>

Glendy Mejía García

Docente Facultad de Derecho

Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Santander Colombia

Correo electrónico: glendy.mejia@ustabuca.edu.co



No se puede corregir a la naturaleza. Palo que nace doblado jamás su tronco endereza, tal vez el lector o la lectora leyó la frase de forma rítmica y recordó la canción de Willie Colón “El gran varón”, pero esta no es una historia sobre un gran varón, sino sobre la llamada “normalidad”. ¿Qué es lo que hace pensar que algo es normal? ¿Cuándo algo es anormal? ¿Es necesario hacer un esfuerzo para que todo sea normal en la vida? De esto trata esta crónica, una historia sobre la normalidad vista desde los ojos de una mamá de una persona con discapacidad.

Ella tenía previsto que para el mes de marzo del año 1987 habría otro motivo de felicidad en su vida: un nacimiento esperado con ansias en el marco de una familia de clase media de Bucaramanga. Era su segundo parto y ya habría adquirido alguna experiencia luego de esperar cuatro años para quedar nuevamente embarazada. Cuando se le pregunta por ese día su mirada refleja un remolino de sentimientos, su rostro expresa felicidad, en sus ojos se dibuja una ambivalencia de sensaciones que lleva en su interior por 34 años.

Al preguntarle por el 22 de marzo parece que revive los trabajos de parto y con un tono de voz fuerte comenta que: “ese día empecé a sospe-

<sup>1</sup> Crónica escrita por la docente durante el Diplomado en Procesos de Lectoescritura que ofrece el Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación (CRAI).

char que algo andaba mal, nada estaba saliendo como esperaba, mi esposo no me acompañó al hospital porque no podía dejar de trabajar. Fue conmigo mi cuñada, pero al ver sangre y heridos en ese lugar me dije que mi hija no podía nacer en un lugar así, salí corriendo de ahí y me regresé a la casa a exigir a mi esposo que pagara una clínica privada". Agrega que tanto su cuñada como su esposo le dijeron que era peligroso retrasar el trabajo de parto, pero ella se aferraba a la idea de que como madre sabía que era lo mejor para su hija. Tal vez tomar una decisión puede parecer algo sencillo para unas personas o requiere demasiado análisis, planeación o revisión por parte de otras, en este caso, lo que prevaleció fue la necesidad de ofrecer un buen ambiente a su hija, no obstante, cuando recuerda lo que sucedió luego del nacimiento, no ha desaparecido de su memoria esa decisión. Dice que recuerda todo con pelos y señales, los recuerdos como ladrillos que se edifican en la mente y pesan en el alma o que pueden durar como los hielos en un vaso de agua en el calor de la Costa Atlántica. Cuando nació su hija, recuerda que la niña no lloró, y parecía retraída de la realidad como si desde ese momento hubiese sellado un pacto consigo misma y que en su mundo solo podría habitar ella.

Continúa su relato, manifestando que durante los dos primeros años su hija lloraba demasiado; según su instinto de madre este llanto excesivo no era normal, por eso nuevamente decidió hacer frente a su marido y exigir que pagaran estudios especializados para saber qué sucedía con su niña. Al fin manifiesta en sus palabras que el médico intentó decirle que su hija no era normal, no entiende los motivos de ese diagnóstico, pero en su mente vincula esa condición con su decisión de postergar el trabajo de parto, su mirada es impenetrable, parece que sintiera tristeza, rabia, frustración, remordimiento o tal vez es un remolino emocional que ella aún no sabe que esta historia le genera.

Cuando se le pregunta sobre el proceso de crianza para su hija, comenta que hizo lo que tenía a su alcance durante su primera infancia, estuvo en 5 diferentes colegios, ninguno de estos pudo brindar una educación acorde a las necesidades de su hija, le aconsejaron que fuese a una institución que solo se dedicarían a este tipo de personas.

El rechazo duele, pero no hay palabras para explicar el rechazo de una necesidad básica hacia una hija por una condición que es asociada con castigo divino, sin recursos económicos, entre otras absurdas ideas que en pleno año 2021 se siguen presentando. Una manera de relacionarlo es con la frase del libro escrito por Torcuato Luca de Tena Brunet: –¡Ah, ¡qué terrible es el sino de los pobres locos, esos "renglones torcidos"; esos yerros, esas faltas de ortografía del Creador!– haciendo alusión a la exclusión de ciertas personas en la sociedad.

Pese a su persistencia, expulsaron a su hija por bajo rendimiento académico en los distintos colegios públicos y privados a los que asistió; a esto hay que sumar las constantes sugerencias de los profesores y las directivas para que dejara de insistir en la búsqueda de un colegio tradicional para su hija. Ella es una mujer que cada respuesta la contesta con un tono de voz que refleja su personalidad fuerte y perseverante frente a un mundo que no solo ha excluido a su hija sino a ella como madre. Al fin, luego de una búsqueda incesante y cuando las energías parecen agotarse logró vincularla a los 10 años a un colegio privado que su eje de educación está enmarcado a niños y niña que tienen dificultad para adaptarse a los sistemas tradicionales, permitiendo que puedan continuar construyendo su proyecto de vida.

Luego de muchas dificultades económicas para continuar costeadando los gastos del colegio, porque su marido no le ayudaba con este, ya que consideraba que no era necesario por

su condición y que no lograría finalizar su ciclo básico de enseñanza: otra punzada en el corazón. De nuevo la sensación de rechazo y ahora provenía desde su propio hogar, sin embargo, continuó adelante y su hija logra graduarse de bachillerato.

Durante muchos años a nivel nacional como internacional se ha generado un movimiento para la protección de las personas con discapacidad y su inclusión en la vida social, pese a estos esfuerzos aún persiste en la mente de muchas personas (profesionales o no) una relación de la discapacidad con la palabra *normal* o *anormal* o con la capacidad de hacer o ejercer para disfrutar de sus derechos, es necesario reforzar que la discapacidad solo se presenta a nivel social por las barreras, por la falta de ajustes razonables o de diseño universal para que el mundo sea un lugar accesible para todos y todas sin motivo de exclusión o rechazo o desinformación, es acá donde toma fuerza el lema *nada sobre nosotros sin nosotros*.

Pese a la existencia de un ordenamiento extenso en temas de discapacidad, ella desde que supo la condición de su hija expresa que le brinda un amor único de madre, y que cuando la ve dice que está en su mundo y hay que dejarla

en paz, porque es feliz y aceptada. No considera que la Ley sirva de algo porque no le ha permitido garantías en educación superior y trabajo entre otras, para su hija.

Dice que le ha pagado varios semestres en carreras técnicas, pero que el modelo educativo no está adaptado ni presencial o virtualmente para abordar personas con discapacidad cognitiva, y es así como el mismo sistema parece ser un privilegio solo para aquellas personas que se encuentran dentro del ámbito de lo "normal y productivo".

Revela que todos los días tiene ese miedo frente al futuro de su hija, pero mira a un lado y continúa concluyendo que ella es su motor de vida, y que pese a todas las adversidades e ignorancia ha realizado lo posible para brindarle estabilidad y unas garantías mínimas, pero en el sector educativo y laboral no ha sido posible, porque tiene otro miedo, al ser una mujer con discapacidad puede que le hagan otros tipos de daño y no entienden que ella no ve maldad sino que actúa como una niña que cree que todo es posible solo con que venga a su imaginación.

Me mira y me sonrío diciendo: "la vida es una sola, marica el que no la baile".